

Sobre la herramienta política

>> Manuel Martínez / Militante de Socialismo Libertario

Debatir sobre la necesidad de construir una herramienta política que sintetice y supere a las ya existentes, pensándola y proyectándola desde el recorrido de lo que llamamos izquierda independiente o nueva izquierda, es decir desde nuestro propio recorrido compartido, no es algo genérico sino más bien un desafío concreto, una invitación a construir una novedad, un invento, como dijo un antiguo compañero. Si bien sabemos que no tenemos afirmaciones acabadas, más aún cuando estamos hablando de algo nuevo, sabemos también que tenemos diferentes experiencias que valoramos y resultan útiles para ensayar las características de la herramienta o instrumento político que nos estamos proponiendo. Pero además es necesario avanzar en aspectos importantes sobre los que no tenemos experiencia concreta, léase la posibilidad de intervenir en procesos electorales, así como en la relación entre *nueva izquierda* y *disputa institucional* con la que Martín Ogando subtitula su artículo *Una incitación a la incomodidad* (2011). Teniendo en cuenta estos elementos, esta “réplica” contiene algunos apuntes que –lejos de un recetario– son sólo una interpretación resumida de nuestras discusiones en curso. Desde ya, el debate enriquecerá o modificará lo que aquí decimos, y mejor si es así, con lo cual reafirmamos nuestra apertura a diferentes contribuciones.

1. DISPUTAR Y CONSTRUIR PODER EN TODOS LOS TERRENOS

De eso se trata, efectivamente, y es necesario detenerse un tanto en este aspecto constitutivo y fundamental de la herramienta política que estamos proyectando. Lo primero: disputar significa confrontación, luchar, resistir, etc. Lo segundo: construir significa cimentar, fundar, afirmar lo nuevo, lo propositivo como prefiguración de la sociedad que nos proponemos. En este sentido, una herramienta o instrumento político construido desde abajo debe concebirse desde la confrontación con todos los poderes opresores y esto debe hacerse, sin duda, en todos los terrenos, no sólo en uno o en el que nos sintamos más cómodos, o en el que nos parezca “más nuestro”. En todos los terrenos significa tanto los que son propiamente nuestros, en los que desarrollamos diversas formas de lucha y en los que fluye el protagonismo popular, como también los que no son propiamente nuestros, es decir el terreno electoral y los ámbitos institucionales. Al mismo tiempo, entendiendo que en toda confrontación debe haber propuestas concretas y generales, la herramienta política debe servir para afirmar métodos de lucha democráticos, valores opuestos a los desvalores sistémicos, la convivencia y el debate con quienes piensan diferente y están del mismo lado de los que luchan, etc. Debe afirmar una política diferente y seguramente transparente, asumiendo todas las dificultades que existen en el hacer política. Entendemos que todo esto sostiene la construcción diversa y multiforme del poder popular.

Por otro lado, la herramienta que nos proponemos construir debería asumir la política como “el arte de los contratiempos y posibilidades en una coyuntura determinada”, tal como lo señala Daniel Bensaïd en su ensayo *La política como estrategia* (2003), en el que hace una interesante valoración crítica del pensamiento de Lenin al respecto. Bensaïd lo interpreta y lo resume muy bien: “¡Cultivar todos los terrenos! ¡Estar al acecho de las salidas más imprevisibles! ¡Estar preparado para el cambio brusco de las formas! ¡Saber tomar todas las armas!” Siguiendo con esto, la cuestión va más allá y es transversal a “todos los terrenos”:

comprende también –y no de manera aleatoria– todo el espectro de los “contratiempos”, “el cambio brusco de las formas” y además la capacidad político-organizativa de “tomar todas las armas”. Se trata de una buena reflexión, porque introduce movilidad e invita a la “incomodidad” de pensar en una herramienta política que se construya con la perspectiva de salir de un determinado o predeterminado anclaje, ya sea el territorio, el sindicato o la facultad, proyectando un dinamismo que, conteniendo necesariamente todo lo “concreto” que se produce en esos ámbitos, al mismo tiempo los desafíe a proyectarse políticamente en cada momento, en cada cambio de coyuntura, teniendo en cuenta que más allá de “nuestro lugar” es necesario dialogar/interpelar más ampliamente al conjunto de la sociedad proponiendo lineamientos políticos concretos y generales.

2. IMPULSAR Y ORGANIZAR EL CONFLICTO SOCIAL

Tal vez pueda decirse que este aspecto está contenido en el anterior, pero queremos subrayarlo de manera especial porque caracteriza a una herramienta que se construye para la lucha político-social, para contribuir desde su lugar al cambio social, a la transformación revolucionaria y socialista. Se trata de un detalle no menor, ya que la construcción del poder popular no siempre requiere esperar a que el conflicto social “se dé” o se produzca en diferentes ámbitos sólo a partir de ciertas condiciones. Sin duda, numerosos conflictos surgen por la combinación de diferentes factores y en muchos de ellos no intervenimos. Pero, sobre todo en los ámbitos en los que estemos presentes de manera cotidiana e incluso en los que podamos influir aunque sea tangencialmente, también no sólo podemos sino que debemos impulsarlos y organizarlos. En este sentido, estamos proponiendo la construcción de una herramienta que sea capaz de tomar el pulso, midiendo de la mejor forma las fuerzas en disputa, logrando la capacidad de relacionarse con los sujetos del conflicto potencial y de saber cuándo y cómo tal conflicto puede ser impulsado, organizado y desarrollado de la mejor manera para lograr un fin determinado.

En nuestro recorrido compartido, diversas organizaciones político-sociales han actuado en consonancia con lo anterior. Y esa experiencia, por lo tanto, debe ser incorporada también como aspecto constitutivo de la nueva herramienta política que nos proponemos. Por otra parte, impulsar y organizar el conflicto social no siempre desemboca en la construcción de poder popular, pero constituye un punto de partida fundamental. Además, teniendo en cuenta nuestro propio lugar, debemos asumir que existen otras organizaciones, corrientes, grupos e incluso personalidades que lo hacen, con lo cual debemos asumir el desafío de articular con ellas en cada caso concreto.

3. UNA HERRAMIENTA CON VOCACIÓN DE PODER

De alguna manera ya está dicho en los puntos anteriores, pero también queremos subrayarlo porque va más allá. Si sostenemos la necesidad de construir poder popular para el cambio social y la transformación revolucionaria, estamos afirmando nuestra vocación de poder. No es un juego de palabras. Es necesario afirmarlo claramente. No se trata de construir un poder popular “amurallado” sino de proyectarlo de manera global. Y esto requiere ir, efectivamente, más allá del conflicto social, al cual consideramos pivote fundamental y nunca secundario en nuestra perspectiva. Requiere también pensar y proyectarnos hacia todos/as los/las “de abajo”, incluso los/las desorganizados/as. En este sentido, la construcción de la herramienta política que nos proponemos debe lograr la capacidad de organizar lo desorganizado a partir de una interpelación sistemática, constante e irrenunciable en diferentes circunstancias. Vocación de poder significa, tanto como tener capacidad para impulsar y organizar el conflicto social, también tener capacidad política para dialogar con amplios sectores, de responder ante tal o cual medida del gobierno o de sus poderes asociados que no siempre moviliza, de relacionarnos con las tragedias que afectan a nuestro pueblo, en fin, es imprescindible ubicarnos frente a la realidad como un todo y en todo momento, asumir efectivamente la política como “el arte de los contratiempos y posibilidades en una coyuntura determinada”.

Sin esta voluntad de expansión, la herramienta política quedaría reducida sólo a las luchas, a los conflictos sociales y finalmente a la micropolítica. Ir más allá no significa “salirse” del ámbito concreto sino, desde ese lugar, significa traccionarlos hacia una perspectiva política de conjunto. Desde luego, en diversas experiencias que nos anteceden hubo demostraciones concretas de vocación de poder y debemos valorarlas concretamente, pero también ubicar sus límites para pensar en una proyección política cualitativamente superior. La perspectiva del cambio social y de la transformación revolucionaria socialista no se resume en una “acumulación de luchas” sino en la construcción de un proyecto político que las incluya desde siempre y también que se proponga superar el orden existente. Esta superación es imposible si no existe una vocación de poder que se traduzca desde el presente en una proyección política dirigida con claridad hacia todas las clases oprimidas y explotadas, también a sus aliados posibles.

4. PODER POPULAR Y DISPUTA INSTITUCIONAL

Aquí entramos un tanto más en la “incomodidad” que plantea Ogando. Al abordar este aspecto –también fundamental– de la herramienta política que nos proponemos construir sumando diversas fuerzas y experiencias, debemos superar algunos prejuicios que de alguna manera nos paralizan. Estamos proponiendo construir una herramienta política en la segunda década de este siglo XXI, en la Argentina, donde concretamente la situación planteada por la rebelión popular de 2001-2002 se ha revertido objetiva y subjetivamente, con lo cual tenemos nuevos desafíos. Esto no significa para nada negar la vigencia de las luchas e iniciativas populares, que además –en este nuevo contexto– han tomado nuevas dimensiones antes no existentes, como es el caso, por ejemplo, de los conflictos salariales o de las movilizaciones contra la minería a cielo abierto. En la actualidad, a diferencia de lo que ocurría en 2001-2002, está vigente una “recreación de la política” que incluye una masiva participación popular en los últimos procesos electorales. Y nuestro

pueblo, clara y mayoritariamente votó por la continuidad del actual gobierno, lo cual no significó –salvo lecturas apresuradas– que le daba un cheque en blanco al famoso “modelo”. No por casualidad en este 2012 se está planteando un escenario de mayor conflictividad social; tampoco por casualidad desde el gobierno se proponen medidas y lineamientos políticos contra las luchas populares. Todo esto es así y no podemos detenernos en la discusión sobre si este nuevo escenario es “positivo” o “negativo” mirando las cosas siempre “desde nuestro lugar”. El nuevo contexto político-social requiere, claramente, asumir la necesidad de “superar el 2001”, como dijo Ogando al finalizar el Foro de la Coordinadora de Organizaciones y Movimientos Populares de Argentina (COMPA) del año pasado. Siguiendo con esto, proponemos construir una herramienta política que también sea capaz de tener la iniciativa de disputar poder en el terreno electoral e institucional. Estamos hablando de una nueva herramienta o instrumento político de la izquierda independiente o de la nueva izquierda, como se prefiera, que tenga la capacidad efectiva de asumir este desafío como uno de sus aspectos también fundacionales. Todos los puntos anteriores no entran en contradicción con este objetivo. La idea de actuar y construirnos contra el Estado, fuera del Estado y también dentro de él, debe ser asumida en todas sus combinaciones, en todo su dinamismo, afirmando sin dudar que la construcción de poder popular también incluye la disputa electoral-institucional, y señalando que esa disputa, así como lo que se pueda lograr en ella, siempre debe estar subordinada a las diferentes expresiones de poder popular emergentes o existentes.

Por otro lado, la expresión electoral que impulse y apoye la nueva herramienta política no debe ser concebida como la transformación de las organizaciones y movimientos populares, o de sus espacios de coordinación y articulación, en “el partido” que la sustente. Tampoco, necesariamente, debería ser la herramienta política en sí misma. El desafío que se nos plantea, seguramente abrirá nuevas discusiones y está en nuestras organizaciones la posibilidad concreta de resolverlas. Si estamos de acuerdo en la necesidad de emprender esta disputa, nos parece que lo mejor sería crear un frente o una alianza electoral

que pueda postularse en el terreno electoral con una convocatoria amplia, en la medida de lo posible apoyada por las organizaciones y movimientos, por sus coordinaciones y articulaciones, con una proyección política que permita hacer efectiva la disputa, también como creación, superando la práctica de intervenciones marginales que han caracterizado a la izquierda tradicional. Para esto se necesita construir o empalmar con un liderazgo político-social que vaya más allá incluso de nuestra organicidad, sabiendo construir alianzas que fortalezcan nuestra perspectiva de conjunto y que nos permitan llegar a millones de personas. El problema, por lo tanto, no se resuelve técnicamente, es decir no se reduce a la conquista de una personería legal en tal o cual lugar, lo cual es relativamente fácil. Ante todo, pensando en la necesidad de una proyección política que pueda efectivamente disputar en el terreno electoral, el cual, insistimos, no es propiamente nuestro, requerimos de una o varias referencias, incluso personalizadas, que puedan hacerlo de la mejor manera.

La otra discusión es para qué hacerlo. Y seguramente aquí entramos en un nivel más complejo del debate. No nos proponemos la intervención en procesos electorales sólo para obtener bancas parlamentarias o municipales como “tribuna de denuncia”. Sin duda, tal vez en la mayoría de los casos, la denuncia de los negociados y trampas que se cocinan en el “establo de la burguesía” ocupará un lugar importante. Pero de ninguna manera la actividad parlamentaria o municipal –“disputa institucional”– puede reducirse a este plano. La institucionalidad existente no es nuestra, salvo que haya habido una revolución social y se hayan creado nuevas y diferentes instituciones. El Estado existente no es nuestro, no aspiramos a gestionarlo sino a transformarlo con métodos revolucionarios, buscamos otra forma-Estado en el camino de la liberación social. Todo esto es cierto y está en la base de nuestros puntos de partida. Sin embargo, cuando afirmamos una proyección política contra y fuera del Estado, pero también dentro de él, debemos comprender que podemos apuntar a su transformación, aunque sea muy parcial, a partir de medidas políticas que bien pueden ser conquistadas en el marco de la institucionalidad estatal real-

mente existente. Estas conquistas, que pueden ser logradas, no serán sólo el resultado de una positiva actuación parlamentaria o municipal sino, seguramente, de una combinación con diferentes niveles de movilización popular. Se trata, efectivamente, de todo un desafío que no sólo puede ser planteado en abstracto sino concretamente, asumiendo la responsabilidad política que nos corresponde. Pensémoslo y sigamos debatiendo para llegar a buen puerto.

5. DOS PALABRAS SOBRE LA IDENTIDAD

Si la pensamos como una síntesis de recorridos diferentes, la estamos pensando como una fusión de identidades multiformes y convergentes. Desde nuestro lugar, hoy afirmamos los componentes básicos de una identidad que buscamos compartir: somos antiimperialistas, anticapitalistas, combatimos al patriarcado y afirmamos la liberación social como superación revolucionaria de todos los mecanismos y formas de opresión, explotación y alienación. Nuestro proyecto emancipatorio contiene una creación propia del socialismo. Todo esto se hace concreto en nuestra práctica cotidiana y contiene desde el presente elementos de prefiguración de la sociedad por la cual luchamos. Puede haber aproximaciones más o menos semejantes, pero no imaginamos una síntesis de diversas organizaciones que disuelva identidades precedentes; sí que busque –en el mejor sentido– una reapropiación crítica de todas y una proyección superadora. En este sentido, no ponemos como condición la unicidad teórica o ideológica. El invento, efectivamente, contiene la capacidad de convivencia orgánica de diferentes concepciones sobre la transformación revolucionaria y el socialismo. Requiere, por ejemplo, poner en debate las diferentes interpretaciones de los procesos político-sociales existentes en Nuestra América, pero también una revaloración no siempre común de diferentes corrientes revolucionarias que nos antecedieron. Estamos dispuestos a que esto sea así. No desconocemos que esta convivencia –para nada estática– puede dar lugar a lineamientos políticos que generen debates entre nosotros. Estamos conven-

cidos que en la actualidad, particularmente en el escenario de Nuestra América, la construcción de una herramienta de lo que hoy llamamos izquierda independiente debe contener necesariamente esta diversidad. Estamos lejos del “purismo” y por lo tanto del dogmatismo, ponemos por delante la construcción común, compartida, interrelacionada; una construcción nueva y diferente que pueda hacer política sin tirar por la borda diferentes tradiciones y concepciones. A su vez, la nueva herramienta política, en tanto resultado de una síntesis político-organizativa, seguramente nos permitirá un intercambio que permita crear una identidad superadora de las anteriores.

6. ÚLTIMA PALABRA SOBRE LA ORGANIZACIÓN

Como todos los anteriores, es un debate largo y también complejo. No estamos debatiendo un sí o no a la organización militante en los términos que estuvo planteada hace una década. Entendemos que la herramienta política es una organización que sintetiza una diversidad de pertenencias. No la concebimos como un nuevo partido de la izquierda al que sólo agregamos la denominación “independiente” o “nueva”. Nuestra propia ubicación nos ubica como una izquierda “otra”, que se ha constituido rechazando las formas organizativas de la izquierda partidaria, dicho de otra manera, rechazando el burocratismo, el manejo arbitrario y deformado del “centralismo democrático”, las bajadas de línea sin mayor discusión, etc., así como la funcionalidad de ese tipo de organización al dogmatismo y al sectarismo. Ahora bien, sabiendo lo que rechazamos, en más de una oportunidad nos resulta difícil señalar lo que afirmamos en este sentido. En primer lugar, creemos que es preciso reafirmar la necesidad de una organización militante para la lucha política en todas sus formas. En segundo lugar, es fundamental recoger las diversas experiencias que nos anteceden, no sólo de la última década sino de períodos anteriores. Esto es imprescindible para comprender mejor que no hubo luchas sociales sin que en ellas hayan intervenido diversas organizaciones que, a su manera y con sus propios métodos, buscaban el cam-

bio social y la transformación revolucionaria. Lo peor que nos podría ocurrir es imaginar que nuestro invento no tiene historia. Y esa historia antecedente, también como transmisión, tiene un largo recorrido, con aciertos y errores, con heroísmo o audacia y también con defectos vanguardistas a veces trágicos. El repaso de las organizaciones, que también fueron herramientas políticas no siempre logradas, puede servirnos para pensar y repensar sobre métodos y formas de acumulación política. Pero también para ensayar nuevas formas organizativas, teniendo como centro la más amplia democracia de base. Esto significa que toda la militancia debe sentirse conforme con quienes dirigen y a su vez que los/las dirigentes/as no pueden actuar por su cuenta y por fuera de la decisiones de los organismos que agrupan a los/las compañeros/as. Si el eje rector es la democracia de base, es decir el debate abierto sobre todo lo que nos compete hacer, el intercambio de ideas e incluso la confrontación de posiciones, sin duda estará garantizado un funcionamiento vital, pujante, en el que todos/as se sientan reales protagonistas de lo que propone y hace su organización. Este aspecto es fundamental no sólo para tomar decisiones sino también para corregir errores, para mejorar la política que sostenemos y eventualmente para cambiarla. Por otra parte, quienes debaten y resuelven deben estar formados orgánicamente; dicho de otra manera deben encontrar en la organización un ámbito de formación política y no un espacio en el que reciben directivas o consignas desde los organismos dirigentes, muchas veces sin comprenderlas o simplemente aceptando repetir las. En gran medida, la experiencia que venimos haciendo diversas organizaciones cultiva este aspecto y es imprescindible que la nueva herramienta política lo ponga en un lugar central para su construcción. Toda la militancia debe pensar con cabeza propia, algo imprescindible para que millones de personas también lo hagan, algo necesario para emprender un camino de emancipación social y cultural. Dicho lo anterior, y para cerrar estos apuntes, creemos necesario imaginar una forma de organización y funcionamiento que combine acuerdos por consenso con resoluciones mediante el voto de los organismos. Se trata de pensar en el mejor equilibrio

que permita una actuación mancomunada y a su vez centralizada. Debatir todo, sin precipitaciones, incluyendo a todos/as los/las compañeros/as, tomando todo el tiempo necesario, no se contrapone con la audacia tantas veces necesaria ni tampoco con una intervención política a veces “urgente” que puede ser corregida por el pensamiento colectivo. Se trata de crear una dialéctica concreta que seguramente fortalece a la herramienta política; se trata de inventar, efectivamente, un todo que sintetice esperanzas, aspiraciones y conciencia revolucionaria.

** Artículo enviado el 23 de abril de 2012*

BIBLIOGRAFÍA

BENSAÏD, Daniel (2003). “La política como estrategia”. En *Herramienta* [ISSN 1852-4710] número 24, año 2003. Disponible en: <http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-24/la-politica-como-estrategia>

OGANDO, Martín (2011). “Una incitación a la incomodidad. Nueva izquierda y disputa institucional”. En *Batalla de Ideas* [ISSN 1853-2047] número 2, año 2011, páginas 153-165.